



NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA (BOLIVIA)

CAPITULO XI

Nuestra Señora de Copacabana (Bolivia)

SUMARIO.—I. Titicaca y Copacabana. II. Origen de la imagen.
III. La imagen de Copacabana. IV. El Santuario. V. Prodigios.

I

TITICACA Y COPACABANA

En los confines del Perú y Bolivia se encuentra el lago Titicaca, llamado también en otro tiempo Chucuito, el más extenso y hermoso de la América meridional, hállase como dividido en dos por la península de Copacabana, siendo el mayor cuatro veces más grande que el otro. Paz Roldán le da de superficie 1464 millas cuadradas, 270 de perímetro y 150 de extensión de Noroeste á Sudeste (1). Está situado á 12.850 pies ingleses, ó sea, como cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

Á pesar de ser el que está á mayor elevación en el mundo, sus aguas jamás se congelan. En otros continentes á esa altura no se hallan sino hielos y ventisqueros en gruesas capas. «Si se considera la altura, la magnitud, sus relaciones, la célebre hoya á la cual ha dado su nombre, dice el distinguido N. Seguíer, puede considerarse el Titicaca como el volumen de agua más notable del globo». La tempestad que estalla con fre-

(1) Paz Roldán, *Geografía del Perú*.

cuencia bajo su cielo rara vez enturbia el caudal de sus aguas, que son dulces y agradables para beber, algo parecidas á las del gran lago Aral en el Asia. Alimenta tres clases de peces, que son difíciles de pescar y desabridos. Por las tardes, que casi siempre son tranquilas, la superficie adquiere color azul muy pronunciado, que llama vivamente la atención. En noches de luna el panorama que ofrece el lago es encantador. El Titicaca no tiene en el mundo nada parecido. Muchos ríos desembocan en él, y de ellos los más caudalosos son el Ramis y el Ilave. Tiene en su seno varias islas, siendo la mayor y más hermosa la que lleva el nombre mismo del lago, cuya longitud es de once kilómetros y su anchura varía de siete á doce.

Acerca de la etimología de la palabra *Titicaca* hay dos opiniones. Los unos quieren que se derive de dos epítetos de la lengua aimará, y significa *peña del gato*, porque dicen los indios que en tiempos antiguos se vió uno de estos animales, que despedía gran resplandor, paseándose por las peñas. La otra etimología, que es la más aceptable y natural, dice que significa *peña de estaño*, quizás á causa de encontrarse en las cercanías filones de este metal.

Es famosa esta isla en la historia antigua del Perú, porque se decía que de ella habían salido Manco Capac y su esposa Mama Oello para fundar el dilatado imperio de los incas, que, como el de los aztecas de Méjico, era el más civilizado que encontraron los conquistadores del Nuevo Mundo. Fray Marcos de Niza, que ha hecho la genealogía de los incas en su libro *Las dos ramas de los Señores de Cuzco y Quito*, hace remontar con mucho fundamento el origen del imperio al año 1021. En el espacio de cinco siglos que precedieron á la llegada de los españoles, se sucedieron quince incas; y después de este acontecimiento reinaron cuatro por treinta y ocho

años, aunque sólo con sombra de autoridad. Al último, con el cual terminó la dinastía y que se llamaba Tupac-Amaru, lo hizo fusilar el Virrey Toledo, junto con su esposa, hijos y cuñado. Tan injustificable debió ser la conducta de este Virrey, que es fama le dijo Felipe II al presentarse á la corte para pedir recompensa de sus servicios: «anda á tu casa, que yo no te envié al Perú para que matases reyes, sino para que sirvieses á reyes». Estas palabras impresionaron á Toledo tan hondamente, que murió á los pocos días víctima de la melancolía.

También era renombrada la isla de Titicaca por contener el grandioso y espléndido templo consagrado al sol, uno de los tres adoratorios más populares que existían en el Perú antes del descubrimiento de América, y á cuya puerta había dos enormes leones y dos cóndores de piedra.

Los otros dos templos eran el de Pachacamac á seis leguas largas de Lima, y el del Cuzco, donde había acumuladas enormes riquezas, siendo notabilísimo el ídolo del astro del día representado en forma de hombre con rostro radiante, el cual, cuando tomaron la ciudad los españoles, correspondió en suerte al soldado Manso Sierra.

Esa parte de botín, que valía millones, bastaba para asegurar el porvenir tranquilo y lujoso de su dueño; mas no pensó éste en regresar á su patria á gozar del fruto de sus sacrificios, como lo hicieran otros, sino que en el mismo día se puso á jugar, y perdió sobre una carta su inmensa fortuna. De este episodio fantástico se dice que nació el proverbio *Jugar el sol antes que nazca*. El templo más visitado del reino era el de Titicaca, y también el que más objetos de oro y plata contenía, los cuales echaron los indios al lago, cuando entraron á la isla los primeros españoles con el capitán Illescas. El P. Blas Valera dice que los indios le certifi-

caron «que era tanto lo que había sobrado de oro y plata, que pudieran hacer de ello otro templo desde los fundamentos hasta la cumbre sin mezcla de otro material, y que luego que los indios supieron la entrada de los españoles en aquella tierra, y que iban tomando para sí cuanta riqueza hallaban, la echaron toda aquella á aquel gran lago.»

En este templo se hacían ofrendas de metales preciosos, conchas, plumas, lana, maíz, chicha, y ropa de Combi, la más fina que se tejía en toda la región. Después empezaron á sacrificar conejos y cuyes (cochinos de india), hasta que Topa Inga substituyó estas víctimas por corderos y llamas sin mancha y por niños de tierna edad que no pasasen de quince años.

Se llegaron á inmolar hasta doscientas de estas débiles criaturas en un solo día; principalmente se realizaban en las fiestas del sol y de la luna, ó en casos graves para el Inca, como cuando estaba enfermo ó en guerra. Todavía se ven en la isla de Titicaca las ruinas de dicho templo y de la morada de las vírgenes consagradas al culto del sol.

Eran estas vírgenes á semejanza de las vestales de Roma; se las recibía á la edad de ocho años, y se criaban en recogimiento hasta los quince ó dieciséis. En esa edad las sacaban para desposarlas con el Inca ó con sus capitanes favoritos; aunque esto se hacía rara vez en las fiestas muy principales y con orden expresa del soberano. Cuando después se ensangrentó el culto, algunas eran sacrificadas al sol. Tenían entre ellas sus *mamaconas*, especie de maestras de novicias, que les enseñaban á hilar y tejer, como también el servicio del culto y el cumplimiento de sus deberes. Todo estaba allí ordenado como en el más rígido monasterio y su número llegó á mil quinientas según un cronista. Á cualquiera que sin licencia del Inca ó su Vicario entra-

ba en uno de estos asilos de vírgenes le costaba la vida: á unos los ahorcaban, á otros los cubrían de piedras ó de saetas. Á la virgen que faltaba á su prometida pureza la enterraban viva.

Como el número de peregrinos que acudían al templo del sol era crecidísimo, á fin de proporcionarles un puesto de alojamiento, Tupac-inca fundó á las orillas del lago el pueblo de Copacabana con diferentes familias, que trajo de cuarenta y dos tribus distintas de su vasto imperio. Desde el principio se le consideró como lugar sagrado, se le concedieron prerrogativas especiales, y se construyeron en él inmensos graneros (colcas) y grandes hospederías (carpahuasi). Dióle el nombre de Copacabana, que en aimará quiere decir *pedra preciosa que da vida*.

Este sitio, donde el demonio tenía establecido su centro de abominaciones, quiso purificarlo la Virgen Inmaculada estableciendo en él su trono de misericordias. Las palabras de Isaías: *Un pueblo que andaba en tinieblas vió una luz muy grande*, pocas veces se habrán aplicado con más propiedad que á Copacabana. Pues allí donde antes la inmunda idolatría tenía las almas sumergidas en la más densa oscuridad, ahora, por la misericordia de Dios, brilla más que la luna y la radiante aurora la Estrella de Jacob, la que en los cielos hizo salir una luz indeficiente.

Copacabana, célebre en la época de la idolatría, lo ha sido mucho más en la era cristiana. Fué en un tiempo la romería más célebre de toda la América del Sur y su nombre se dió á conocer en todo el orbe católico. Al presente ha decaído mucho, no es sombra de lo que fué.

Copacabana es una ciudad pequeña de la provincia de Omasuyos, departamento de la Paz, en Bolivia. Los bolivianos la llaman *bendita* á causa de que sus casas se agrupan al rededor del santuario de Nuestra Señora.